



Existió, en un tiempo, una famosa actriz del cine llamada Bárbara Lamarr. Seguramente todos mis contemporáneos recuerdan su terrible belleza. Fue algo así como una flor extraña, negra, de fascinantes reflejos; una tiniebla con arterias de fosforescencia, o no sé qué núcleo infernal envuelto en angélico perfume.

No se sabe, entre las hijas de Eva, de otra reproducción tan exacta de su madre, de la serpiente que se infundió en su madre, y del irresistible fruto aquel, por el cual, a través de las generaciones, el hombre, enloquecido, ha desdeñado a Dios.

Escribir sobre ella, sería, incluso, un buen negocio; más por ahora, la referencia no tiene otro objeto que impedir se caiga en una confusión; pues también existió, bajo el mismo nombre, otra mujer, y es, precisamente sobre esta segunda Bárbara Lamarr sobre quien aquí se hará mención.

Ella, se hubiera casado a los dieciocho años. Así estaba resuelto; se hubiera casado incluso antes, si lo hubiera querido; la primera proposición de matrimonio formal se le hizo cuando apenas contaba doce años. Es decir, partidos, le sobraron. Su caso fue como el de esas casas de departamentos que estando todavía en construcción, son ya muy solicitadas, y gustan tanto a las gentes que sin verse acabadas, ya se ven sin un departamento que no esté comprometido.

Ella estaba ya bastante, pues, digamos, habitable a los catorce años. Sin embargo, consiguió eludir compromisos hasta los dieciocho. Parecía ser que a esta edad sí no se escaparía. Sin embargo se escapó.

Dos días antes de la boda, se presentó ante su padre y le habló con toda claridad.

—Padre, he resuelto no casarme. Mi determinación no es absoluta. Es condicional. La condición que pongo es que antes de casarme debo resolver un problema que se me ha metido en el corazón. Entiéndelo bien, digo que en el corazón porque mi problema no es mental.

—¡Ah, que mi hijita! —le contestó su padre—. Dime tu problema, el problema más difícil que tú puedas tener, te lo resuelvo yo en media hora.

—No lo dudo, padre, y, quizá en menos. No sin méritos, habrías conseguido el renombre de filósofo, de inventor y de artista que has conseguido; pero es el caso que tendrás que esperarme a que yo, con mis menudos pasos llegue a redondear los términos, sin cuya integridad, no podría plantearte mi problema.

—¡Por dónde sales, hija! Es de verdad, eso de tu problema. ¿Cómo puede ser que tengas un problema y que no sepas en qué consiste?

—No vayas muy ligero, padre, por favor no vayas muy ligero. Por ahora te diré, y es lo único que por ahora puedo decir, que me siento desazonada, inconforme, hecha una tonta ante el espectáculo bajo el cual veo el mundo. De hecho, no me gusta.

¿No te parece que este hecho es todo un problema?

—Claro; mas no tuyo.

—Pero es que yo lo veo, que yo lo siento, que no puedo casarme ni seguir camino alguno en estado de inconformidad general, de desazón en redondo, de malestar global.

—Allá, pues, tú. Si realmente sufres incertidumbre, no te cases.

—Gracias, padre. Y además, ¿me harías un favor? ¿No quisieras que cambiara mi alcoba a la pieza abandonada que tenemos, en el ángulo de la azotea?

—Me espantas, hija. ¿Lo haces para retirarte a meditar?

—No, padre. Para retirarme, sí, pero no para meditar, únicamente para ver más lejos y para acabar de sentir esto que siento, y de este modo poder, en seguida, decirte lo que sea.

Bárbara cambió sus cosas a la pieza abandonada de la azotea.

La casa fue vaciándose. Sus hermanitas crecieron, se casaron y fueron a vivir con sus maridos. Sus hermanos también salieron. Su padre murió. Su madre dejó de existir.

Bárbara tenía a la sazón treinta años. El mundo próximo exterior se le había cambiado por completo. Ya no tenía familia y había despedido todas sus sirvientas. No así su mundo interno. Este seguía muy semejante, sólo un poco adelante en el mismo sentido que tomara desde cuando estuvo a punto de casarse. A partir de entonces, lo que ella llamara su problema no había llegado a aclararse, sólo a hacerse más sensible, más interno.

De lo que recogía durante su casi continua contemplación del destino de la humanidad, acabó por sentir dentro de sí una abrumadora responsabilidad.

De la capa de los pensamientos, descendió a la del sufrimiento de sus pensamientos. Más tarde, sus pensamientos fueron acabándose y, al fin, su existencia fue —procúrese penetrar esta expresión— un sufrir puro.

Una de aquellas noches, debo decir, de las noches de esta última época empezó a sentir inesperadamente un extraño consueño. Ni una gota desbordó de sus ojos, sin embargo, se sintió, inopinadamente, como si hubiera llorado en abundancia. Por primera vez en muchos años —nadie, ni ella misma, la vio— su cara expresaba serenidad, un punto más habría sido sonrisa.

Elevó la luz de las lámparas de su mansión que de ordinario mantenía casi muertas. Y no se hartaba de mirar las llamas. Le hablaban, hubiera dicho ella.

El reloj dio las doce. Se sabe que persona alguna escuchó las campanadas. Por primera vez, todos durmieron: trabajadores, investigadores, enamorados, vulgo, poetas y ladrones.

A la hora cero, empezó a amanecer, aquella noche. Era un amanecer intenso como si se abrieran dos amaneceres, como si en compañía, haciéndole pareja, cogida de la mano del amanecer, se acercara con él, también, la primavera. Situada al oriente, la estrella de la mañana, antes de surgir creció hasta alcanzar, su

diámetro aparente, la dimensión del sol. Así, sus ojos vieron asomar tras la línea purísima del valle un par de soles. Ambas estrellas, la rubia y la de níquel, se elevaban tan juntas que daban la impresión de dos amigos haciendo su camino en compañía, en la edad en que todavía no se interpone entre el amigo y el amigo eso que llaman a veces la ambición y a veces la necesidad de labrarse un porvenir. Cuando acabaron de surgir, la ventana fue como dos manchas luminosas, una blanca como espejo de plata, otra rubia como un espejo de oro, ambas en la pared, cerca una de otra.

Inopinadamente se juntaron, los dos espejos se hicieron uno solo, ni de oro ni de plata, de un metal mezclado, partes iguales, de oro y plata. Y aquel espejo se fue haciendo pequeño y más brillante, hasta quedar convertido en una estrella de palpitante luz.

Bárbara comprendió que aquélla era su estrella. Se quedaron mirándose, las tres estrellas, con contemplación tan íntima que

Su vientre concibió, y la simiente que lo fecundara había sido la del más vil de los hombres.

Los hombres la excecraaron.

—Es una prostituta —decían— sin honra, se ha entregado al más vil de los hombres.

Ella padeció afrentas, hambres, frío.

Al cabo de los nueve meses su panza parecía un saco de trigo reventando de tan lleno. No obstante, no dio a luz. Se opuso a ello. Sabía por el sufrimiento, el amor, la infamia, el hambre y el frío, sabía que dar a luz es egoísmo. Quiso ser del todo consumida por el gran grano de trigo que crecía en sus entrañas, con fuerza agotadora.

Pasaron otros nueve meses. De ella no quedaba más que el pellejo, el esqueleto y una mirada de tal serenidad como nunca el mundo la había visto.



acabaron siendo una sola. Ni azul, ni de oro, ni de plata, sino de una luz como la que resultara de fundir un tanto de plata, un tanto de oro y dos más de zafiro.

En torno todo era tinieblas.

Así, la estrella nueva, fue la única luz de un mundo en tinieblas.

El destino no suspendió su marcha.

Se entregó, Bárbara, al más vil de los hombres.

(Era éste un hijo de Jacob, honrado, no debía muertes, tampoco tenía vicios; pero jamás había sentido en su pecho otro amor que el dinero.)

Aún pasaron otros nueve meses, y otros, y otros. Y allá a las nueve veces nueve meses, el pellejo habíase ido reparando, reforzando bajo la presión del grano de trigo que mantuviera dentro, sin darlo a luz, sin arrojarlo de ella. Ahora no eran dos, era uno solo, uno solo que había acabado de crecer dentro de su madre, y ésta había acabado por convertirse en su hijo sin morir, por pasar de una generación a otra, sin probar la vejez.

Y este ser echó alas. Y los hombres ya se habían olvidado de todo y dijeron:

Esta es la primera criatura celestial que ha crecido en la tierra, el primer habitante celestial que aparece en la tierra, que viene a poner un poco del aliento celestial en esta tierra.*

* Aunque completo en sí mismo, "Bárbara" es el primer fragmento de un complejo relato inconcluso en cuatro partes; el título no se lo dio Efrén Hernández. El texto aquí publicado es el bosquejo de un primer episodio; en el siguiente, los personajes son Coridón y Alexis y con el nombre de éstos ha sido conocida la obra por los amigos del autor.